



Co-herencia
ISSN: 1794-5887
co-herencia@eafit.edu.co
Universidad EAFIT
Colombia

Chambers, Paul
Las ciencias sociales como otro escenario del conflicto colombiano: Una mirada desde la filosofía de
Alasdair MacIntyre
Co-herencia, vol. 10, núm. 18, enero-junio, 2013, pp. 223-252
Universidad EAFIT
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=77428608002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Las ciencias sociales como otro escenario del conflicto colombiano:

Una mirada desde la filosofía de Alasdair MacIntyre* *

Recibido: septiembre 18 de 2012 | Aprobado: enero 30 de 2013

Paul Chambers**

paulchamberscolombia@gmail.com

Resumen El estudio científico-social del conflicto armado colombiano se ha convertido en un escenario más del conflicto basado en fuertes desacuerdos teóricos y filosóficos. Esto se debe a las inherentes dimensiones normativas e ideológicas de las ciencias sociales, las cuales afectan los marcos teóricos y los métodos científicos empleados y, por ende, la manera en que se perciben los “hechos” a analizar. Incide también en el tipo de explicaciones y variables que serán relevantes y las conclusiones a que se llega. El artículo sostiene que las tesis filosóficas de Alasdair MacIntyre pueden explicar y elucidar este problema además de apuntar hacia una solución.

Palabras clave

Alasdair MacIntyre, ciencias sociales, conflicto colombiano, desacuerdo radical, ética, ideología, metodología.

The social sciences as another site of the Colombian conflict: An analysis based on the philosophy of Alasdair MacIntyre

Abstract The social scientific study of the Colombian armed conflict has become another setting of the conflict based on radical theoretical and philosophical disagreements. This is due to the inherent normative and ideological dimensions of the social sciences, which affect their theoretical frameworks, the scientific methods employed, and the perception of the “facts” to be analyzed. They also impact on the type of explanations and variables deemed relevant, and the conclusions reached. The article argues that the philosophical theses of Alasdair MacIntyre can explain and elucidate the problem, as well as point towards a solution

Key words

Alasdair MacIntyre, social sciences, Colombian conflict, radical disagreement, ethics, ideology, methodology.

* Este artículo proviene de un proyecto adscrito originalmente al Centro de Investigación en Comunicación de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Medellín. Código 07000001857.

** Doctor en Filosofía, Departamento de Estudios de Paz, Universidad de Bradford-Inglaterra. Se desempeñó hasta octubre de 2012 como profesor del Departamento de Ciencias Sociales y Humanas en la Universidad de Medellín, Colombia. Actualmente es investigador independiente.

Introducción

El estudio científico-social del conflicto armado colombiano se ha convertido en un escenario más del conflicto basado en desacuerdos teóricos radicales. Como notan los destacados analistas del conflicto colombiano, Fernán González, Ingrid Bolívar y Teófilo Vásquez (2002), los estudios que conceptualizan el origen de la violencia en términos de problemas estructurales, tales como la desigualdad social y económica, la debilidad de la presencia de las instituciones estatales, y la exclusión social y política, tienden a ser descalificados por algunos analistas como un intento de justificar la lucha armada como una “guerra justa”, donde el nacimiento y las acciones del movimiento insurgente se interpretan como una respuesta a la “violencia estructural” de una sociedad profundamente injusta y excluyente. Por otra parte, los análisis enfocados en aspectos subjetivos relacionados con la teoría de la escogencia racional han sido criticados por algunos como un intento de criminalizar a los insurgentes y de suprimir toda diferenciación entre delincuentes políticos y comunes, al mostrar a los insurgentes como totalmente desprovistos de propósitos políticos y motivaciones ideológicas. Como advierten, ciertas perspectivas ideológicas basadas en la lógica de “amigo-enemigo” propia del conflicto pueden hacer que “la misma investigación sobre el conflicto y su difusión en los medios terminen convertidas en un escenario más del conflicto, pues la interpretación estereotipada y maniquea con frecuencia implícita en discusiones supuestamente teóricas, respaldadas con abundante información empírica, que a veces ocultan ideologías contrarias y opciones políticas contrapuestas” (González *et al.*, 2002: 19).

Este problema nos remite al fenómeno de lo que en el campo del análisis de conflictos y estudios de paz se ha llamado “desacuerdo radical” (Ramsbotham, 2010; cf. MacIntyre, 1988), un fenómeno asociado con varios conflictos –armados, sociales, políticos, éticos– y que se extiende a la caracterización y explicación científico-social de los mismos conflictos. De ahí que las ciencias sociales no puedan evitar participar en los mismos conflictos que intentan analizar y transformar, lo cual implica varios retos éticos, epistemológicos y metodológicos. Como observan tres destacados investigadores en el campo de conflicto y paz:

Diferentes tipos de explicación la mayoría de las veces están políticamente implicados, sea que vengan de los contendores de un conflicto o de terceros. Esto fue el caso durante la Guerra Fría y es una característica común de los conflictos posteriores [...] las perspectivas externas ‘neutrales’, incluyendo las diversas teorías académicas, pueden estar tan políticamente implicadas en el conflicto como cualquier otra. (Miall *et al.*, 2005: 79)¹

En el contexto colombiano este problema le añade otra dimensión a la “crisis moral” del país (Arango, 2002; Giraldo, 2009; López Upegui, 2005) que obliga a los científicos sociales a reflexionar sobre los desafíos ético-epistemológicos que presenta la investigación del conflicto armado y las violencias (Blair, 2012). Sostengo que las tesis sobre la moral y las ciencias sociales de Alasdair MacIntyre (1971a; 1971b; 1971c; 1973a; 1973b; 1985a; 1998a; 1998b; 2011) arrojan luz sobre el complejo entramado de elementos y conexiones que inciden en los conflictos sociales e ideológicos que subyacen en el conflicto armado y que se reflejan en los conflictos teóricos en las ciencias sociales, los cuales a la vez retroalimentan los mismos conflictos sociales e ideológicos.

A fin de elucidar el problema filosófico que subyace en lo que yo refiero como el “conflicto sobre el conflicto” en los análisis del conflicto armado colombiano, comienzo perfilando las tesis principales de Alasdair MacIntyre respecto a la deteriorada condición de la ética moderna y las consecuencias que trae tal condición para las ciencias sociales. Procedo a demostrar las implicaciones que tienen para el análisis del conflicto colombiano antes de finalizar con una mirada a una posible solución basada en los postulados de MacIntyre que llaman a rescatar y repensar la conexión entre la teoría y la práctica.

El desorden ético-político de la modernidad

“Cada acción es portadora y expresión de creencias y conceptos de mayor o menor carga teórica; cada fragmento de teoría y cada expresión de creencia es una acción moral y política”.

(MacIntyre, 2001: 86)

¹ Los textos originalmente en inglés citados en este artículo han sido traducidos al español por el autor.

En su obra principal, *After Virtue* (1985a; *Tras la Virtud*, 2001), MacIntyre argumenta que los conflictos morales y, *a fortiori*, políticos (1985b), son hoy en día imposibles de resolver racionalmente a través de la argumentación debido a un cambio fundamental, pero por lo general desapercibido, en la moralidad –en sus conceptos y modos de argumentación– y en la filosofía moral misma. Sostiene que el vocabulario moral en muchos casos es lo mismo que en otras épocas, pero que se ha desvinculado de los anteriores marcos teóricos morales, lo cual ha hecho que las palabras ya no tengan el mismo significado; también, a raíz de esto, los procesos de argumentación moral han cambiado. MacIntyre ubica el problema de esta fragmentación conceptual y argumentativa en el rechazo, a comienzos de la época moderna, del esquema moral aristotélico y el subsiguiente proyecto de la Ilustración de buscar explicar la supuesta racionalidad singular y universal de la moral, y de descubrir criterios racionales universales divorciados de todo contexto social, económico y político particular. Es decir, el proyecto ilustrado trató la racionalidad de la moral de manera uniforme, ahistórica y descontextualizada. Según MacIntyre, contrario al esquema moral moderno, el esquema aristotélico suponía una visión integral del ser humano y la íntima conexión entre el contexto social, el vocabulario de la ética, la argumentación y la racionalidad moral.

La tesis principal de MacIntyre (1985a/2001; 1988; 1991) es que alcanzar un consenso moral racional es imposible en las culturas modernas debido a la *incommensurabilidad* de los principios básicos y premisas de las diversas teorías éticas: derechos *versus* utilidad, libertad *versus* equidad, igualdad *versus* mérito, la prioridad del individuo *versus* la prioridad de la comunidad, etc. Los argumentos morales y políticos rivales que apelan directa e indirectamente a tales conceptos encontrados como premisas de su argumentación no se pueden resolver ya que “las premisas rivales son tales, que no tenemos ninguna manera racional de sopesar las pretensiones de la una con las de la otra. Puesto que cada premisa emplea algún concepto normativo o evaluativo completamente diferente de los demás, las pretensiones fundadas en aquéllas son de especies totalmente diferentes” (MacIntyre, 2001: 21). Se sigue que los marcos teóricos científico-sociales, que de una manera u otra implícita o ex-

plícitamente emplean tales premisas conceptuales y que, por ende, incorporan elementos de una filosofía moral (ver MacIntyre, 1985a: 259) tampoco se pueden evaluar o comparar de manera racional.

A pesar de la aparente arbitrariedad de los discursos morales contemporáneos, una característica importante que comparten es que todavía se visten de impersonalidad; es decir, reclaman autoridad racional en su supuesta imparcialidad y objetividad. Sin embargo, habiendo perdido la habilidad de convencer de manera racional a sus rivales debido a la fragmentación de la razón práctica, a los partidarios de diferentes posiciones morales sólo les queda la opción de persuadir a los demás a aceptar sus pretensiones recurriendo a la manipulación emocional y retórica. MacIntyre refiere a esto como el “emotivismo” de los argumentos morales contemporáneos, lo cual “entraña dejar de lado cualquier distinción auténtica entre relaciones sociales manipuladoras y no manipuladoras” (MacIntyre, 2001: 40).

Los discursos morales se han vuelto arbitrarios, desanclados, lo cual también afecta las teorías sociales que implícita o explícitamente incorporan categorías morales y normativas. De ahí que la argumentación haya perdido su habilidad de tramitar y mediar los conflictos, lo cual es problemático no solo para los contendores de los conflictos sino, también, para los que aspiran a producir conocimiento sobre ellos, analizarlos, intervenir en ellos y mediarlos: los científicos sociales.

MacIntyre (1971a; 1971b) sostiene que las ciencias sociales y humanas nunca pueden ser valorativamente neutrales ya que, en últimas, lo que buscan es explicar la acción humana, lo cual requiere de algún concepto de racionalidad práctica. Cada esquema de racionalidad práctica está enmarcado dentro de una determinada tradición filosófica (aristotélica, agustiniana, liberal, nietzscheana, etc.) que hace una serie de proposiciones más amplías sobre la naturaleza humana y que tiene alguna concepción del bien humano que nunca es neutral desde el punto de vista teórico o valorativo (MacIntyre, 1988: 332-333). Según MacIntyre, el principal conflicto filosófico de hoy en día es entre la tradición aristotélica y la de Nietzsche,² lo cual impacta sobre las ciencias sociales: “Las diferencias entre la una y la otra son muy profundas. Se extienden más allá de la ética y la

² MacIntyre (1991) refiere a la tradición filosófica que nace con Nietzsche como “genealogía”, la cual contrasta con la tradición tomista-aristotélica y la tradición liberal.

moral, a la forma de entender la acción humana, de tal manera que los conceptos rivales de las ciencias sociales, de sus límites y posibilidades, están íntimamente enlazados con el antagonismo de estos dos modos de concebir el mundo humano” (MacIntyre, 2001: 318).

Originalmente las ciencias sociales plantearon la necesidad de investigar y comprender el mundo social analógicamente a las ciencias naturales (MacIntyre, 1985a). Aspiraron a descubrir leyes sociales y a proporcionar generalizaciones causales con un fuerte poder predictivo. Como observa MacIntyre, “Tal concepto de ciencia social ha dominado la filosofía de la ciencia social durante doscientos años” (MacIntyre, 2001: 116). Una diferencia importante entre las ciencias sociales y las ciencias naturales es que en las primeras el fenómeno de lo que MacIntyre (1973a) ha llamado “conceptos esencialmente debatibles” –“the essential contestability of some social concepts”– afecta la habilidad de hacer generalizaciones a la manera de las ciencias naturales, ya que, a diferencia del consenso intelectual sobre los conceptos centrales en éstas, sobre los conceptos de “educación”, “democracia”, “familia”, “terrorismo”, “violencia”, “justicia”, etc., que constituyen algunos de los fenómenos que las ciencias sociales investigan, no hay tal consenso.

Es más, los comportamientos y fenómenos sociales que se quieren investigar –la violencia, los actores armados, los partidos políticos, los movimientos sociales, etc.– están condicionados por los mismos conceptos en cuestión: los de partido político, movimiento social, etc. Como dice MacIntyre, “una condición necesaria de tales comportamientos es que la mayoría de los que participan en ellos tengan ciertas creencias sobre qué es lo que hace que un tal partido político se clasifique como un partido, que un ejército particular se clasifique como un ejército, etc.” (MacIntyre, 1973a: 3) Señala que el debate normativo no se puede desconectar de la pregunta de cómo tales conceptos deben de aplicarse. En el caso de investigaciones sobre la educación, por ejemplo, “La manera como caracterizamos las instituciones educativas y cuáles normas, desde nuestra perspectiva, definen la educación, no se pueden separar” (MacIntyre, 1973a: 7).

Consecuencias para las ciencias sociales

Según el exdirector del CINEP, Mauricio García Durán (2008), las ciencias sociales en Colombia no sólo tienen el reto de com-

prender la realidad diversa y conflictiva del país, sino ante todo el de “la consolidación de los caminos de respuesta y las estrategias de transformación necesarias para consolidar una convivencia justa, sostenible y en paz entre nosotros” (García Durán, 2008: 359). De ahí que las ciencias sociales tengan que vincularse con la filosofía moral, dado que de lo que se trata, al menos en parte, es el dicho de Marx de que el objetivo no es sólo interpretar el mundo sino transformarlo, lo cual inevitablemente implica algún concepto de justicia y del bien humano.

Como sostiene el filósofo Guillermo Hoyos, “la razón práctica se incorpora en nuestros discursos de las ciencias sociales” (Hoyos, 2000: 71). Argumenta que las ciencias sociales se basan en la razón comunicativa y que se articulan actualmente “con la ética discursiva, en la política deliberativa y en la democracia participativa, realizando así la clásica relación entre teoría y praxis” (Hoyos, 2000: 72). Sin embargo, aunque estoy de acuerdo que la razón práctica se incorpora en los discursos de las ciencias sociales, creo que las ciencias sociales reflejan la fragmentación y emotivismo de la ética moderna y que estamos lejos de realizar la relación entre la teoría y la práctica.

No obstante, tanto Hoyos como otros filósofos y científicos sociales sostienen, sin duda muy acertadamente, que la discordia social que el conflicto colombiano conlleva exige una actitud de diálogo, de disposición, de apertura y de convivencia con lo diverso (Lopera, 2003; López Upegui, 2005; Uribe de Hincapié, 1996); como dice el filósofo Juan Lopera:

La labor de las ciencias sociales es entonces esencial en lo que respecta a la problemática de Colombia: por un lado, han de esclarecer y explicitar los hilos y los intereses que [...] han generado y mantenido las condiciones de desigualdad e injusticia social; por el otro, han de construir gradualmente espacios para el diálogo, que permitan trascender esa discordia entre los colombianos a través de la transmisión del método científico desde la perspectiva de una actitud ética en la relación con el otro. (Lopera, 2003: 46)

Sin embargo, al tratar de desenredar los intereses que han mantenido las condiciones de desigualdad e injusticia, inmediatamente tocamos el espinoso tema de las causas del conflicto, lo cual también nos lleva al terreno filosófico y normativo en relación con el

concepto de causalidad en las ciencias sociales. Como afirma MacIntyre, buscar explicar las causas de fenómenos sociales inevitablemente implica un fuerte elemento ético-normativo en tanto que es difícil, si no imposible, no recurrir a términos y categorías morales y valorativas en nuestras explicaciones (MacIntyre, 1971a). También, el problema es que la manera como se caracterizan la injusticia social y las propuestas para superar la desigualdad está enlazada con desacuerdos radicales en el campo de la ética que la filosofía moral moderna y neo-Kantiana no ha podido resolver. Desde la perspectiva de la filosofía de MacIntyre, la llamada ética del discurso y las varias propuestas de construir una ética ciudadana sobre premisas habermasianas (Peña, 1996; Uribe Botero, 2002; Uribe de Hincapié, 1996) no son adecuadas para entablar un diálogo racional con esperanzas de llegar a consensos. Como dice el filósofo Mark Kingwell, la ética del discurso no es capaz de “abordar las profundas diferencias políticas que motivan tal conversación en primer lugar” (Kingwell, 1993: 116).

La degeneración de la ética debido al rechazo del esquema aristotélico con su concepto teleológico de la vida natural y social en últimas llevó a la separación de los hechos de los valores –*facts from values*– en la teoría moral liberal y la sociología positivista, que tuvo una fuerte influencia en las ciencias sociales modernas (MacIntyre, 1985a); ya no había manera, según la lógica del esquema moderno, de pasar de premisas empíricas a juicios morales y evaluativos. Según el paradigma liberal, los valores –la esfera normativa– no tienen vínculo alguno con el mundo material de los deseos, la producción y la economía (Dussel, 1999a). En esencia, los valores se vieron como totalmente subjetivos (ver Guzmán *et al*, 2005: 444). De ahí también que la explicación filosófica de la acción humana fuera desvinculada de una concepción teleológica del hombre para ser reemplazada por una heterogeneidad de principios, pasiones e intereses (MacIntyre, 1985a: 229 siguientes; 1988; 2002). El rechazo del aristotelismo llevó a que la explicación de la acción humana cada vez más fuera vista como cuestión de revelar sus mecanismos fisiológicos y físicos. Con tal perspectiva filosófica de la acción, el siguiente paso lógico era quitar toda dimensión normativa de las explicaciones de las acciones humanas y, eventualmente, el surgimiento de la noción de que el mundo social y los actores sociales podían ser explicados y manipulados según las convenciones del conocimiento científico-

social “neutral” por los relevantes expertos (ver Harvey, 1974; Mészáros, 1972).

Según MacIntyre, lo que ha reemplazado al esquema clásico de la ética es la “privatización del bien” y el surgimiento de “la ideología de la autoridad burocrática” (MacIntyre, 1990; 1998a). Esta ideología frecuentemente se expresa en las afirmaciones de los científicos sociales que llevan el título de “expertos” quienes alegan poseer razonamiento superior a la gente común y corriente de manera parecida a auto-proclamados revolucionarios (MacIntyre, 1973b). MacIntyre reconoce que tanto los científicos sociales “burgueses” como los revolucionarios que frecuentemente critican a los anteriores buscan tener poder manipulativo sobre la sociedad. Es decir, a través de análisis “objetivos” de ciertas condiciones y estructuras sociales, tanto los científicos sociales como los revolucionarios buscan las claves para mover la sociedad en una dirección u otra dependiendo de sus interpretaciones de los problemas sociales que hay que abordar y cambiar.

MacIntyre critica la ciencia social marxista igual que la ciencia social liberal. Como nota Paul Blackledge, MacIntyre eventualmente percibió que el marxismo como marco teórico científico-social, “con su afirmación de que comprendía las leyes fijas de la historia, no era sino la máscara de otro modelo moral inconmensurable” (Blackledge, 2009: 872), igual que los otros marcos científico-sociales liberales “burgueses”. La característica que comparten es la creencia en la habilidad de interpretar el mundo de una manera determinada que niega la primacía de lo imprevisible, el indeterminismo conceptual y el conflicto como fenómenos sociales fundamentales (MacIntyre, 1973b; 1998a: 60; Knight, 2007: 126). Para MacIntyre, esto constituye una ideología dominante que hay que desenmascarar. Por supuesto, el marxismo percibe el conflicto social como el eje de la estructura social moderna, como MacIntyre reconoce; sin embargo, según MacIntyre, el marxismo incorpora muchas de las suposiciones teóricas sobre la ética y los valores del liberalismo y del “*ethos* moderno” (MacIntyre, 1985a: x). Los conflictos entre la misma clase obrera sobre valores y posturas ideológicas suelen descartarse como ejemplos de “falsa conciencia” y por ende no se toman en serio (ver Sayer, 2003).

MacIntyre observa que los órdenes sociales y políticos modernos, y las teorías sociales que en parte han surgido de ellos, en últi-

mas niegan el predominio de conflicto en el mundo social y político; pero aun cuando los conflictos sociales y políticos sí son reconocidos, se conciben dentro de un marco teórico que supone un orden subyacente de regularidad y consenso (MacIntyre, 1998a: 60). Tal concepto de orden influye en la investigación y el análisis de conflictos sociales y políticos. Dice MacIntyre,

Es una característica típica de los órdenes sociales establecidos que en sus instituciones sociales se encarna la negación del predominio de conflicto, argumento, contestación y lo imprevisible en la vida humana; y es una característica típica de la mayoría de las teorías sociales el que compartan esta característica con la mayoría de los órdenes sociales. (MacIntyre, 1998a: 58-59)

MacIntyre argumenta que esta negación de conflicto es compartida aun por quienes ostensiblemente critican el *statu quo* y observa que “por lo tanto, la ideología es un fenómeno tanto de la Izquierda como de la Derecha” (MacIntyre, 1998a: 60). Central a este fenómeno ideológico es la metodología principal de las ciencias sociales basada en la selección de variables independientes que se analizan según las técnicas estadísticas para detectar correlaciones válidas.³ Esta metodología predominante presupone —e impone— una manera particular de concebir el mundo social y sus conflictos que constituye el arriba mencionado efecto ideológico:

Habiendo ya alcanzado el nivel en que estamos ocupados en el manejo de los fenómenos de la vida social en términos de un conjunto de variables empíricas diferenciadas, todo el trabajo de interpretación y conceptualización ya está hecho. Ya se trata de un mundo enteramente interpretado. Una conceptualización particular ya se supone. En el mundo entendido de esa manera, las creencias de individuos o grupos [...] quizás funcionan simplemente como un factor variable más. Sin embargo, las creencias, las interpretaciones, que constituyen el ordenamiento del mundo que será investigado y que hacen que la cantidad de variables disponibles sean como son, estas creencias subyacentes, conceptos e interpretaciones constitutivas se habrán desaparecido de la vista. Con ellas también con demasiada frecuencia se habrán desaparecido los argumentos, los conflictos, la contestación y lo imprevisible como fenómenos fundamentales. (MacIntyre, 1998a: 60)

³ Sin embargo, como señala MacIntyre (1998a: 61-62), el descubrimiento de una correlación no dice nada en respecto a una generalización causal que pretenda explicar tal correlación.

Lo que la metodología de las ciencias sociales hace, entonces, es encubiertamente tomar una posición parcializada en el conflicto de las conceptualizaciones opuestas y las interpretaciones rivales sobre importantes aspectos de la vida social y política en la sociedad. El científico social abstrae ciertos fenómenos asociados con el comportamiento humano y social de los conflictos conceptuales y las interpretaciones contradictorias, para luego hacerlos reaparecer de una manera inevitablemente reduccionista y sesgada en la forma de unas variables independientes discretas.⁴ Es más, la conceptualización del tema que se va a estudiar es una tarea del científico social en la que “lo que controla su conceptualización no es una relación argumentativa con las otras conceptualizaciones contradictorias de la sociedad que es el objeto del estudio, sino su propia conveniencia” (MacIntyre, 1998a: 63). El objetivo de las ciencias sociales es establecer unas generalizaciones causales con el subsiguiente propósito de brindar conocimiento científico que, al aplicarlo, tendrá efectos tangibles en la sociedad. O sea, en últimas el objetivo es brindar poder predictivo para los que contratan al científico social.

Sin embargo, para MacIntyre este objetivo es una quimera ya que, como muestra en *After Virtue*, las generalizaciones de las ciencias sociales han resultado ser falsificadas en demasiadas ocasiones, lo cual en el caso de las ciencias naturales llevaría a cuestionar radicalmente el estatus del conocimiento producido (MacIntyre, 1985a: 106). También, si la metodología que el científico social utiliza incorpora cuestionables suposiciones teóricas, ideológicas y normativas, esto afectará el estatus del conocimiento producido. Lo que se deduce de este argumento es que la apariencia de poseer conocimiento científico-social autoritativo y “objetivo” encubre y lleva a una visión reduccionista del mundo social.

Las categorías teóricas y analíticas obviamente moldean la percepción de los hechos y el tipo de explicaciones que serán relevan-

⁴ Como señala MacIntyre, tales variables son esenciales para la aplicación de métodos estadísticos. Estas variables tienen que ser claramente definidas por el mismo científico social, sin tomar en cuenta otras interpretaciones sociales y normativas de su significado, lo cual es necesario para que el científico social pueda identificar de manera definitiva y no ambigua cuáles son los verdaderos miembros de cierta población en el momento de hacer análisis con técnicas estadísticas. El científico social se enfoca en ciertas interpretaciones de los diversos elementos de la realidad social que quiere estudiar a costa de omitir otras interpretaciones. Ya que frecuentemente estas interpretaciones se basan en teorías y conceptos con una carga normativa, los conflictos ético-normativos de la sociedad inevitablemente se incorporan al nivel teórico y analítico y de esta manera se esconden o se suprimen.

tes. Como observa el filósofo Charles Taylor (1994), en la ciencia política diferentes “marcos teóricos” han sido desarrollados y propuestos para brindar explicaciones científico-sociales e históricas (enfoques marxistas, hobbesianos, estructural-funcionalistas, metodológico-individualistas; otros basados en la teoría de la escogencia racional, en la teoría de juegos, etc.) Taylor observa que “Estos distintos enfoques son frecuentemente rivales, ya que ofrecen perspectivas distintas sobre la identificación de los elementos cruciales para la explicación y las relaciones causales involucradas” (Taylor, 1994: 550). De esta manera los marcos teóricos delimitan el campo de investigación científica al orientarnos hacia lo que es que requiere ser explicado y el tipo de variables que serán relevantes. Para sacar un ejemplo de Taylor, “Un enfoque marxista ortodoxo no aceptará que el macartismo se pueda explicar en términos de la experiencia de crianza en la niñez y la resultante estructura de personalidad” (Taylor, 1994: 551).

Como hemos visto, el lenguaje de las ciencias sociales frecuentemente recurre al idioma “neutral” y técnico de las estadísticas, las variables, las muestras representativas y las correlaciones, pero no puede evitar enlazarse con el idioma valorativo y normativo de la ética y la filosofía moral. El lenguaje científico-social inevitablemente está imbricado con posturas frente a lo que se piensa sobre cómo es y cómo debería ser el mundo político, económico y social, y por ende implícitamente apoya ciertas posiciones y doctrinas sobre la sociedad y el mundo humano, descartando otras posiciones posibles y, de ahí, participando en (o suprimiendo) los conflictos sociales, conceptuales, semánticos y éticos de la sociedad que intenta analizar. Como dice MacIntyre sobre la teoría económica de F. Hayek, “Teorías como las de Hayek no son sólo teorías que explican el orden social, elaboradas desde una perspectiva externa. También son teorías cuya defensa, dentro del orden social, sirve para reforzar algunas concepciones de justicia, libertad, y bienes comunes a costa de otras” (MacIntyre, 2011: 311).

Racionalidad, tradición y lenguaje

Después del diagnóstico radical de MacIntyre sobre el estado incoherente de la moral y la investigación moral que hizo en *Tras la Virtud*, le quedó la tarea de proveer una elucidación alternativa de la

racionalidad de la moral que explicara la condición moderna de desacuerdo radical; también, tuvo que proponer cómo la investigación ética y la teoría social podrían ser reconstruidas y cómo la confrontación racional podría avanzar. En *Whose Justice? Which Rationality* (1988; *Justicia y Racionalidad*, 1994), MacIntyre argumentó que la racionalidad no es algo desanclado de las estructuras sociales ni es “universal”, como se le entiende en la filosofía liberal, sino que es algo que emerge de “tradiciones”, es una “categoría inevitablemente sociológica” (MacIntyre, 1971b: 258) arraigada en paradigmas y prácticas filosóficas, morales y sociales con sus propios cánones internos de racionalidad, similar a la manera como Thomas Kuhn concibió los paradigmas racionales de investigación y producción de conocimiento de las ciencias naturales.

El descartar de la noción de tradición en el pensamiento filosófico de la Ilustración, con su búsqueda de una base universal para la investigación moral, hizo que los problemas y controversias en la filosofía moral y otros campos de investigación, igual que al nivel de los conflictos morales y sociales cotidianos, no pudieran progresar o resolverse de manera racional. Según MacIntyre, no hay ninguna posición neutral o pre-teórica desde la cual hacer investigaciones intelectuales o entablar conflictos sociales y morales. Por ejemplo, cuando se trata de desacuerdos en relación con la justicia, que en muchos conflictos contemporáneos es seguramente uno de los ejes principales, la descripción y análisis de los discursos, motivos y acciones de los contendores del conflicto por parte de científicos sociales no puede evitar utilizar algún esquema teórico y filosófico particular que presupone una versión u otra de la racionalidad práctica (MacIntyre, 1988: 332-333).

Las propias investigaciones de MacIntyre se enmarcan dentro de lo que él llama la tradición tomista-aristotélica. Como observa al final de *Whose Justice? Which Rationality?*, “Se ha llegado al punto en el argumento general de este libro [...] donde ya no es posible hablar sino desde la perspectiva de una tradición particular de tal manera que significa entrar en conflicto con otras tradiciones rivales” (MacIntyre, 1988: 401; 1991). MacIntyre sostiene que para rescatar la moralidad y la dimensión normativa del mundo social de su irracionalidad e inconmensurabilidad es necesario vincular de nuevo los hechos y los valores, el discurso evaluativo y práctico, la teoría y la práctica (MacIntyre, 2006: 156) a través de una resucitación de la

teoría y la práctica aristotélicas. Los argumentos neo-aristotélicos de MacIntyre nos obligan a reflexionar sobre la relación entre nuestros marcos normativos, nuestros lenguajes, y nuestra manera de analizar y describir el mundo social. El sociólogo Peter McMyrlor señala que desde la perspectiva de MacIntyre “los individuos necesitan compartir un lenguaje que hay que aprender antes de poder ejercer nuestra capacidad de criticar. Compartir un lenguaje significa tener criterios compartidos para hacer distinciones y evaluaciones” (McMyrlor, 1994: 170). El marxista Miguel Mazzeo también sostiene que “...buena parte de nuestra tarea consistirá en descubrir los lenguajes adecuados para la expresión y creación de valores nuevos que sostengan un proyecto emancipador” (Mazzeo, 2012: sin paginación), lo cual, según él, siempre nos remite al ámbito político, no sólo social. Es más, para Mazzeo la búsqueda y creación de tales lenguajes es dificultada si no imposibilitada por la estructura de la universidad neoliberal:

La militancia iguala, la academia jerarquiza. La autoridad de la academia provee, en buena medida, de un conjunto de garantías institucionales y ortodoxas y de lauros burocráticos y cargos sedentarios. La academia es el *habitus* que preexiste, es el despliegue del nivel de la realidad que la realidad tiene. La academia, ámbito contaminado de formalismos escalafonarios, alimenta un conjunto de formas del conformismo cultural, produce ilustración, nunca lenguaje. (Mazzeo, 2012: sin paginación)

Por tanto, la explicación social está gravemente debilitada y la posibilidad de su transformación racional está reducida.

El reto de la posición de MacIntyre es que tal lenguaje no se puede elaborar en abstracción de prácticas sociales. Es decir, como veremos más adelante, tiene implicaciones radicales para las ciencias sociales críticas en tanto que apunta a la necesidad de participar en las comunidades que queremos estudiar y en las que queremos ayudar a construir la paz. No se pueden estudiar desde lejos con las suposiciones teóricas y los discursos abstractos y arbitrarios de las ciencias sociales. Según el filósofo Gray Cox, “La realidad social que los investigadores sociales buscan describir y explicar está constituida por las percepciones que la gente tiene sobre las actividades en que se ocupan [...] Para hacer investigaciones competentes, deben participar en el tipo de comunidades que quieren estudiar” (Cox,

1986: 78), lo cual tiene plena resonancia con la posición de MacIntyre.

Implicaciones para el análisis del conflicto colombiano

Si el análisis de conflictos inevitablemente implica posturas normativas (Jabri, 2006; Miall *et al.*, 2005; Ramsbotham, 2010) se sigue que la confusión ético-teórica que diagnostica MacIntyre conlleva implicaciones importantes para este campo académico. Iván Orozco (2005) establece con exactitud el mismo problema filosófico señalado por MacIntyre respecto a llegar a consensos racionales que puedan orientar los análisis del conflicto y la toma de decisiones públicas frente a él, en este caso en el ámbito de la sociedad civil:

El hecho de que las nuevas redes de paz y derechos humanos sean redes complejas que incluyen no sólo miembros de ONG sino también funcionarios públicos del orden estatal y supraestatal, etc. sometidos a la compulsión de sus respectivos 'roles', determina que aquellos se debatan entre múltiples lógicas morales y hasta amorales en lo que atañe a sus definiciones de las situaciones y dilemas que deben enfrentar. (Orozco, 2005: 336)

Estas encontradas y rivales lógicas morales forman parte de los marcos conceptuales que son utilizados para analizar los conflictos sociales y políticos. Esto se evidencia en el mismo trabajo de Orozco y de otros que han utilizado la teoría política de Hobbes para analizar el conflicto colombiano y como un marco normativo para orientar la toma de decisiones sobre los diversos y complejos asuntos que los gobiernos e instituciones privadas tienen que abordar en relación con la justicia, la convivencia y la construcción de una comunidad política en el país (ver Sandoval, 2004; Giraldo Jiménez, 2007). Por supuesto, esta teoría normativa neo-hobbesiana conceptualiza la idea de comunidad política en términos de una versión muy particular del contrato social (que difiere de manera importante del contrato social en Rousseau) y, de este modo, presupone un método no neutral para analizar los conflictos sociales y políticos basado en una ontología social atomizada y un orden social inherentemente conflictivo de intereses personales contradictorios (ver Young, 1990: 28). Utilizando un marco hobbesiano, Iván Orozco escribe:

Decir, por ejemplo, que Colombia se encuentra de alguna manera y bajo ciertos respectos en la modernidad temprana en lo que atañe al proceso de formación originaria de Estado y que por ello la política de seguridad democrática de la administración Uribe debe ser entendida como política de afirmación de soberanía interior solo es aceptable si de ello no se derivan implicaciones normativas en materia de tolerancia hacia la impunidad. Quien desde la periferia y semiperiferia, pero sobre todo desde las afugias de la guerra intestina, les recuerda a los habitantes moralmente más avanzados de la posmodernidad humanitaria que en Europa y en el centro en general, durante varios siglos, el Leviatán se construyó a sangre y fuego y sin muchos miramientos hacia la gente del común, y señala las dificultades que ello entraña para la construcción sobre huellas coloniales de un Estado-nación en otras latitudes, tiende a ser estigmatizado como cómplice de los tiranos y de los criminales de guerra que ciertamente abundan en las repúblicas bananeras, cafetaleras y cocaleras. (Orozco, 2005: 289).

Orozco procede a cuestionar la universalidad de los derechos humanos (y su validez para la situación colombiana en respecto a la justicia transicional) mientras acepta la validez normativa del proceso de construcción de los Estados europeos, el cual fue altamente violento, como el mismo Orozco reconoce. ¿Pero con base en qué tipo de argumento moral puede Orozco cuestionar los estándares de derechos humanos en respecto a la justicia transicional y aceptar la idea de un Estado absolutista que niega los derechos humanos? El hecho de que haya serios desacuerdos respecto a tal posición subraya el problema de cómo justificar moralmente ciertas posturas frente a la construcción del Estado y los pasos necesarios para la transformación del conflicto, para decir nada de cómo alcanzar un consenso moral entre perspectivas éticas rivales.⁵

En el análisis científico-social del conflicto, de sus causas, consecuencias, y posibilidades de transformación, se encuentran diversas posiciones y lenguajes morales (ver Chaparro, 2007; Hoyos, 2007; Giraldo, 2003; Mockus y Corzo, 2003; Orozco, 2005; Posada Carbó, 2006). La teoría de la guerra justa se ha utilizado para justificar la posición de los insurgentes, lo cual conlleva el riesgo de pintar

⁵ La posición de Orozco contrasta con la de la ONG de derechos humanos *Nunca Más*, organización que él critica respecto a su postura frente a la justicia transicional que para esa ONG tiene que basarse más en la justicia retributiva que en la reconciliación que requiere de un alto dosis de perdón y olvido.

una imagen sesgada de la realidad, omitiendo de la vista las muchas “áreas gris” en relación con el uso de la violencia y los motivos tras ello (ver de Roux, 2001; Giraldo, 2003). Interpretaciones hobbesianas del conflicto implican el uso de un marco teórico con una fuerte carga ideológica y normativa para analizar la acción social, llevando a controversiales prescripciones para políticas públicas en relación con la “construcción del Estado” (Sandoval, 2004; Giraldo Jiménez, 2007), mientras las interpretaciones marxistas tienden a acentuar las dimensiones estructurales del conflicto, justificando las acciones insurgentes a la vez que disminuyen las problemáticas dimensiones morales de su uso de violencia (ver Petras, 1997).

Diversos marcos teóricos llevan a encontradas conclusiones y prescripciones para políticas públicas en relación con la legitimidad de la violencia política, la construcción del Estado, la reforma agraria, las causas del conflicto, entre otros temas (ver Guáqueta, 2006). Por ejemplo, respecto a la violencia insurgente y la lucha armada, la teoría de la escogencia racional ha sido utilizada para desprestigiar los motivos de los insurgentes, llevando a teorías sobre las guerras civiles que conducen a fuertes conclusiones prescriptivas y que implícitamente relegan la importancia de negociar y transformar las injusticias sociales (ver Collier y Hoeffler, 2001; Montenegro y Posada, 2001). Las teorías y debates sobre las causas del conflicto tienen serias implicaciones sociales; como observa Alexandra Guáqueta, “Hay mucho en juego en el debate puesto que plantea preguntas políticas como si una política pública de redistribución –por ejemplo de tierra– debería ser implementada para tratar de resolver las raíces del conflicto, y cómo se debe tratar a la guerrilla si es el caso que tuvieran razones ‘legítimas’ para luchar” (Guáqueta, 2006: 295). Tomando en cuenta la inevitable dimensión normativa de estas preguntas y los problemas diagnosticados por MacIntyre, ¿cómo se evalúan tales temas, quiénes juzgan la legitimidad de las acciones insurgentes y cómo se decide?

A través de los lentes de la filosofía de MacIntyre, todo esto tiene que ver con el problema de cómo alcanzar un consenso racional sobre temas morales y políticos fundamentales, y cómo reconstruir una sociedad fragmentada y dividida de manera no arbitraria y racional. Por un lado, este es un problema de lenguaje, de descubrir un conjunto de términos y criterios compartidos para caracterizar los problemas y engendrar discusiones e investigaciones racionales; por

otro lado, pero de manera interconectada, se trata de un problema de prácticas sociales rivales. La dimensión discursiva y lingüística del conflicto está en el centro de la crisis moral en Colombia (Aran-go, 2002; Giraldo, 2003; López Upegui, 2005; Torres, 1964/1972; Uribe de Hincapié, 1996) y está íntimamente conectada con el problema de la práctica/praxis. Como nota MacIntyre, “ha sido precisamente al nivel del lenguaje que las deficiencias y corrupciones de nuestra época han sido evidentes, y ciertamente no menos obvio en el caso de los que se adhieren a posturas ideológicas que los que no” (MacIntyre, 1971c: 94). Dado las encontradas y a menudo incommensurables justificaciones, caracterizaciones y discursos en el conflicto⁶, además de la falta de un lenguaje compartido y dominio semántico entre los actores sociales y los científicos, la pregunta es: ¿cómo podemos los que estamos comprometidos con la paz y, por lo tanto, un grado significativo de transformación social, justificar posiciones teóricas e interpretaciones en relación con el conflicto y las consiguientes recomendaciones para políticas públicas que frecuentemente se derivan de ellas?

En el caso del análisis del conflicto armado colombiano, Mauricio Rubio (1998) critica la supuesta “asimetría” de los análisis en los que las actuaciones de ciertas organizaciones armadas que defienden unos intereses son percibidas como ilegítimas, mientras que las actuaciones de otros grupos son percibidas como legítimas. Para Rubio, “Lo que este prejuicio refleja es la naturaleza esencialmente normativa de tales análisis que parten de la premisa de que unos intereses son menos legítimos que otros” (Rubio, 1998: 125). Este punto nos acerca al grueso de los problemas filosóficos con los análisis científico-sociales del conflicto.

Los problemas metodológicos asociados con las dimensiones normativas e ideológicas del estudio científico-social del conflicto colombiano se encuentran en varios análisis (Chambers, 2012a) pero quizás son particularmente evidentes en los análisis económicos de los actores armados. Fueron los economistas Paul Collier y Anke Hoeffler (2001) quienes propusieron la tesis de que la principal explicación para las guerras civiles radicaba no en la injusticia o los agravios *–grievance–* sino en la codicia *–greed–*. Después de

⁶ Ver Giraldo (2003) sobre los “paralelismos de deslegitimaciones” de los actores armados.

recibir varias críticas a su artículo original, los autores cambiaron la descripción de esta última variable, sustituyéndola por la noción de “oportunidad para rebelarse”. No obstante, como observa Alexandra Guáqueta, “Con tono desafiante, Collier y Hoeffler argumentaron que las guerras civiles estaban más relacionadas con rebeldes y mercenarios avaros que con genuinas protestas contra el autoritarismo y la desigualdad” (Guáqueta, 2002: 21). Basándose en los parámetros inevitablemente normativos e ideológicos de la teoría de la escogencia racional, Collier y Hoeffler crearon un modelo sofisticado para analizar e interpretar episodios de conflicto en más de 60 guerras civiles alrededor del mundo. Pusieron en función los conceptos de codicia/oportunidad para rebelarse y percepciones de injusticia a través de la creación de definiciones representativas –proxies–. Por ejemplo, la injusticia la definieron utilizando las nociones de polarización étnica, represión política, exclusión política, y desigualdad económica.

La manera en que los autores definen las variables –en particular las que representan la codicia y la injusticia– presupone una interpretación histórica de las guerras y de los movimientos insurgentes que es altamente cuestionable e implica una teoría de la naturaleza humana según la cual los individuos buscan maximizar sus intereses al mínimo costo para sí mismo. De ahí que, tal como MacIntyre lo plantea (1998a), se favorezcan ciertas conceptualizaciones y lecturas sobre otras en relación con algunos fenómenos históricos y culturales (como la guerrilla) y también en relación con visiones, discursos y teorías sobre la naturaleza humana. Como nota Colin Cramer (2002), en el trabajo de Collier y Hoeffler “la suposición es que las guerras comienzan por la decisión de los rebeldes y el análisis se abstraer de las políticas del Estado y de la violencia de Estado” (Cramer, 2002: 1847). Con respecto a la visión de Collier y Hoeffler sobre la naturaleza y las motivaciones de “Homo Economicus”, derivadas de las suposiciones de la teoría de la escogencia racional, comenta Cramer que: “violan la complejidad de la motivación individual, reduciendo el individuo (y grupos sociales particulares) a agentes monolíticos que sólo buscan maximizar su utilidad” (Cramer, 2002: 1846). Tales conceptualizaciones reduccionistas también tienden a reforzar ya existentes posturas ideológicas y normativas y ciertas instituciones y prácticas de la sociedad que es el objeto del análisis. Como afirma Jenny Pearce (2005), según el modelo de Collier y

Hoeffler “Las guerras civiles pueden ser mejor explicadas en términos de los motivos económicos de actores individuales [...] más que en términos de los discursos sobre ‘agravios’ que los actores armados frecuentemente utilizan para justificar sus acciones. Tal interpretación y construcción de la rebelión armada favorece estrategias de contención y soluciones militares” (Pearce, 2005: 153). En el caso colombiano, este tipo de argumento tiene obvia utilidad para una política pública frente al conflicto que enfatiza una victoria militar por encima de negociaciones en torno a las estructuras sociales y las injusticias de la sociedad colombiana. A pesar de sus matices y salvedades que podrían controvertir lecturas sesgadas,⁷ estudios como los de Collier y Hoeffler, que gozan de un cierto prestigio debido a su proveniencia institucional –Banco Mundial– pueden ser muy funcionales para élites políticas en contextos de conflictos internos. Como advierte Jenny Pearce,

Hay unas proposiciones muy interesantes e importantes en esta literatura. El problema surge cuando las proposiciones se convierten en suposiciones más generales. La evidencia basada en estadísticas goza de alta credibilidad. Sin embargo, si pudiera proveer todas las respuestas no se habría tenido que desarrollar sofisticados métodos cualitativos de análisis para complementarla. Cuando los que hacen políticas públicas se basan principalmente en las estadísticas, puede llevar a engañosas y potencialmente peligrosas suposiciones a pesar de su más fácil aplicación en el campo de las políticas públicas. (Pearce, 2005: 156).

La línea difusa entre el discurso sobre la injusticia utilizado por los grupos insurgentes y las acciones predatorias en que incurren para financiarse es el objeto del análisis de Mauricio Rubio (1998), un economista de la Universidad de Los Andes. Según Rubio, hay que hacer más énfasis sobre la posibilidad de que los grupos rebeldes cometan actos puramente delictivos; sostiene que la tendencia en el debate colombiano sobre el tema ha sido la de asumir que los grupos rebeldes operan según una lógica altruista en representación de intereses colectivos. Rubio aclara las diferencias analíticas entre lo que él denomina la visión colectivista de la perspectiva de la socio-

⁷ Collier y Hoeffler reconocen, por ejemplo, que la injusticia puede ser un factor explicativo en ciertas rebeliones. Su análisis finalmente centra en la cuestión de la *probabilidad* del surgimiento de una rebelión. Sin embargo, según ellos, la condición de injusticia no es suficiente para generar una rebelión.

logía clásica y la visión centrada en los agentes individuales basada en el individualismo metodológico cuyo modelo más representativo es la teoría de la escogencia racional. Como nota Rubio, “Un punto crítico de esta tensión entre la sociología y la economía surge del énfasis que cada disciplina le asigna, respectivamente, a las normas sociales y a la escogencia individual como determinantes del comportamiento” (Rubio, 1998: 127), lo cual nos remite precisamente a los problemas filosóficos identificados por MacIntyre en relación con la explicación de la acción humana.

Sin duda Rubio tiene razón en cuestionar los lugares comunes sobre las motivaciones de los rebeldes y la manera de evaluar sus acciones. Sugerir que las acciones de la guerrilla tienen complejas interacciones con acciones criminales no es necesariamente “criminalizar” a la guerrilla. Sin embargo, tales análisis corren el riesgo de que exageren los comportamientos “criminales” de la guerrilla y que se conviertan en meros ecos de la propaganda oficial que “consiste en el asesinato moral de la insurgencia y en reducirla a un fenómeno criminal y no político” (Gutiérrez y Gutiérrez, 2011: 14). Además, tales análisis emplean evaluaciones sobre los actos llamados “criminales” que inevitablemente se apoyan en legislación oficial y posiciones jurídicas y juicios morales que están imbricados con el poder político estatal; por lo tanto, especialmente en el caso de un Estado con relaciones estructurales con grupos paramilitares e ideológicamente afín a los intereses estadounidenses, se tienen que analizar críticamente.

Rubio es abiertamente crítico de los análisis que ven la violencia oficial como inherentemente vinculado al capitalismo. Dice,

La noción de que la violencia oficial contra los sectores oprimidos es una condición inherente al capitalismo y que los ejecutores de esa violencia son los organismos de seguridad del Estado es tal vez uno de los principales prejuicios –supuestos que se hacen sin ningún tipo de reserva o calificación– de los análisis de corte marxista y una de las nociones que más ha dificultado la adopción de políticas en materia de orden público en Colombia. (Rubio, 1998: 124)⁸

⁸ Rubio cita a Germán Guzmán como ejemplo de un proponente de la tesis “estructural” o “causal” de la violencia: “Estamos insertos en el sistema capitalista, por naturaleza violento, ya que uno de sus fines inherentes consiste en imponer y mantener la relación social de dominación de unas naciones por otras y de unas clases sociales por otras.” Guzmán, Germán, “Reflexión crítica sobre el libro *La Violencia en Colombia*”. En: Sánchez – Peñaranda (comps.), 1991: 59.

En ciertas corrientes de la tradición marxista la violencia del Estado –la “violencia oficial”– es vista como estructuralmente imbricada con el modelo económico capitalista dominante. Es un argumento teórico vinculado a detallados análisis del funcionamiento e interrelación de los Estados y el capitalismo. No tiene tintes normativos necesariamente, aunque el paradigma marxista nace, en últimas, del rechazo normativo de la explotación de los trabajadores (Dussel, 1999b; 2000; Harvey, 1974). La posición teórica marxista sobre la violencia oficial se tiene que poner en debate con otras posiciones, como la de Rubio, según las cuales no hay una relación inherente entre el capitalismo y la violencia oficial. Pero finalmente tales posiciones teóricas no se pueden desvincular de posturas ideológicas y normativas más amplias, sean implícitas o explícitas, lo cual nos devuelve al problema de la aparente arbitrariedad teórica.

Teoría y práctica


La respuesta a la aparente arbitrariedad teórica, normativa e ideológica de las ciencias sociales desde la perspectiva de MacIntyre (1998b) es que hay que re-establecer el vínculo entre la teoría y la práctica, lo cual nos obliga a construir conocimiento teórico de la mano de comunidades y prácticas sociales concretas. Los argumentos de MacIntyre apuntan hacia una manera de hacer ciencia social que tiene semejanzas con las ideas de Orlando Fals Borda (1994) y Paulo Freire (1970), aunque también MacIntyre las matiza y critica hasta cierto punto (Chambers, 2012b). La semejanza radica en la importancia que los enfoques de Fals Borda y Freire le dan a la voluntad humana, al diálogo, al vínculo entre la teoría y la práctica, y a la idea de que las ciencias sociales no pueden ser desprovistas de juicios de valor. En lo que el enfoque de MacIntyre difiere del de ellos es en su problematización de la co-producción de conocimiento no neutral a la luz de los problemas con el creciente desacuerdo radical, la justificación racional, el emotivismo, la arbitrariedad, la inconmensurabilidad y la imposición de conocimiento y esquemas interpretativos. En fin, sugiero que MacIntyre les adiciona importante profundidad filosófica y moral a los enfoques de estos autores.

También, para MacIntyre el vínculo entre teoría y práctica es más integral. A diferencia de Fals Borda y Freire, la teoría no simplemente se conecta con la práctica de concientización o de buscar la

revolución, sino, más bien, la teoría –tanto social como ética u otra– surge del trabajo concreto con comunidades específicas. Es decir, no se trata de conectar una teoría pre-existente –por ejemplo, aspectos teóricos del marxismo– a la realidad con fines de iluminar el mundo social de los oprimidos en aras de la revolución, sino de dejar que la teoría crezca desde las comunidades concretas con sus prácticas sociales específicas (Solomon, 2003). Así se evitan los problemas de la arbitrariedad teórica, el emotivismo y la inconmensurabilidad. También se abre a la posibilidad de que las comunidades concretas –sean de campesinos, obreros u otros– no quieran promover la revolución o el socialismo, sino otras posibilidades basadas en sus propias visiones, concepciones y prácticas. De esta manera, y afín a los postulados de Freire, se respeta y protege la voluntad racional y autónoma de la gente.

Tal modelo de hacer ciencia social representaría un desafío para los que se quedan pegados al paradigma de “la ideología del experto”, según el cual son los expertos científico-sociales quienes poseen conocimiento superior y que, por lo tanto, tienen más derecho a ser consultados por el gobierno y las autoridades estatales que las personas que son el objeto de los estudios (MacIntyre, 1973b; cf. Jabri, 2006). Constituiría un esfuerzo conjunto entre la academia y las comunidades particulares en el ejercicio de buscar superar los discursos abstractos, sesgados y emocionales, lo cual sería también un aporte a la convivencia al establecer una verdadera conexión entre la razón práctica y el discurso de las ciencias sociales, tal como lo plantea Guillermo Hoyos (Hoyos, 2000). De tal manera, los enredos ético-ideológicos de los estudios de conflicto y paz se convertirían en problemas para resolver entre la academia y las distintas comunidades en la sociedad. Así se alcanzaría a tomar los primeros pasos hacia la conexión integral entre la teoría y la práctica del análisis de conflictos y la construcción de la paz.

También, se empezaría a buscar la construcción de un lenguaje común para el análisis y mediación de los conflictos y la construcción de la paz, evitando los problemas asociados con la ética del discurso, entrando más profundamente en el mundo de las culturas y los *ethos* (y “Otros”) de las diversas comunidades que habitan Colombia y buscando construir algún tipo de consenso ético que sirva para orientarnos en el arduo camino de humanizar y eventualmente terminar este cruel conflicto. Si la construcción de la paz implica

“cultivar el proceso de ponernos de acuerdo” (Cox, 1986: 12), la problemática de construir un lenguaje común es central, tal como vio Camilo Torres (1964/1972). Las ciencias sociales, y más particularmente los estudios de conflicto y paz, inevitablemente están enredados en este problema y llamados urgentemente a remediarlo. He planteado que la filosofía de MacIntyre nos da una luz sobre el problema y la solución, tanto al nivel de análisis y explicación como al nivel de la práctica académica y socio-política. Por supuesto, sus argumentos y propuestas no son indisputables ni sin controversias.⁹ Sin embargo, nos ofrecen una perspectiva distinta y profunda sobre la problemática del papel de las ciencias sociales frente al conflicto colombiano y acunan la esperanza de que algún día podamos resolver nuestros conflictos a través de la argumentación, la aplicación del conocimiento científico-social racionalmente fundamentado, y la participación activa y comprometida en comunidad en pro del bien común, la paz y contra la violencia 

⁹ Ver Horton & Mendus (1994), Mark Murphy (2003) y Harman (2009) para perspectivas críticas sobre el trabajo de MacIntyre.

Referencias

Arango, Rodolfo (2002). “La responsabilidad colectiva ante la crisis moral y política colombiana”. En: Rubén Sierra Mejía – Alfredo Gómez-Müller (eds.), *La filosofía y la crisis colombiana*. Bogotá: Taurus, pp. 13-32.

Blair Trujillo, Elsa (2012). “Una mirada renovada a las ciencias sociales y humanas y su relación con el tema de la violencia: su crisis epistemológica, retos y desafíos.” En: Paul Chambers Burke y Verónica Espinal Restrepo (eds.), *Conflicto Armado: Interpretaciones y Transformaciones*. Medellín: Universidad de Medellín, pp. 29-62.

Blackledge, Paul (2009). Alasdair MacIntyre: Social Practices, Marxism and Ethical Anti-Capitalism. *Political Studies*, Vol. 57, pp. 866-884.

Chambers, Paul A. (2012a). *Las ciencias sociales en el conflicto colombiano: Una exploración de sus dimensiones normativas e ideológicas*. Informe final de proyecto de investigación adscrito al Grupo de Investigación Estudios en Ciencias Sociales y Educación, Departamento de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Medellín.

Chambers, Paul A. (2012b). “La filosofía de Alasdair MacIntyre para el contexto latinoamericano. Problemas ético-filosóficos en Freire, Fals Borda y las ciencias sociales críticas”. En: Paul Chambers – Verónica Espinal (eds.) *Conflicto Armado: Interpretaciones y Transformaciones*. Medellín: Universidad de Medellín, pp. 63-106.

Chaparro, Adolfo (2007). (ed.) *Cultura Política y Perdón*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.

Collier, Paul – Hoeffler, Anke (2001). *Greed and Grievance in Civil War*. Washington DC: World Bank.

Cox, Gray (1986). *The Ways of Peace: A Philosophy of Peace as Action*. New York: Paulist Press.

Cramer, Christopher (2002). “Homo Economicus Goes to War: Methodological Individualism, Rational Choice and the Political Economy of War”. En: *World Development*, Vol. 30, No. 11, pp. 1845–1864.

De Roux, Francisco (2001). “La guerra a la que no hay derecho”. En: *El Espectador*, febrero 13, 2001.

Dussel, Enrique (1999a). “The Architectonic of the Ethics of Liberation: On material ethics and formal moralities”. En: *Philosophy and Social Criticism*, Vol. 23, No. 3, pp. 1-35.

Dussel, Enrique (1999b). “El programa científico de investigación de Carlos Marx (Ciencia social funcional y crítica)”. En: *Herramienta*, No. 9,

marzo. Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-9/el-programa-cientifico-de-investigacion-de-carlos-marx-ciencia-social-funcio> [consultado el 23 de marzo de 2012].

Dussel, Enrique (2000). "Sobre el concepto de 'ética' y de ciencia 'crítica'". En: *Herramienta*, No. 12, marzo. Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-12/sobre-el-concepto-de-etica-y-de-ciencia-critica> [consultado el 23 de marzo de 2012].

Fals Borda, Orlando (1994). *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Freire, Paulo (1970). *Pedagogy of the Oppressed*. London: Penguin.

García Durán, Mauricio (2008). "El papel de las Ciencias Sociales en la resolución de los problemas del país: algunos retos." En: Fernán E. González (ed.) *Hacia la Reconstrucción del País: Desarrollo, Política y Territorio en regiones afectadas por el conflicto armado*. Bogotá: ODECOFI/COLCIENCIAS/CINEP.

Giraldo, Javier (2003). *Guerra o democracia*. Bogotá: Fundación para la Investigación y la Cultura.

Giraldo, Javier (2009). Carta a la Fiscalía 216: objeción moral y ética. Disponible en: http://www.javiergiraldo.org/spip.php?article170&var_recherche=conciencia [consultado el 10 de enero, 2010].

Giraldo Jiménez, Fabio Humberto (2007). "Los gobiernos anfibios en contextos de conflicto". En: *Estudios Políticos*, No. 31, pp. 13-21.

González, Fernán E. – Bolívar, Ingrid J. – Vásquez, Teófilo (2002). (eds.) *Violencia Política en Colombia: De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: CINEP.

Guáqueta, Alexandra (2002). "Dimensiones Políticas y Económicas del Conflicto Armado en Colombia: Anotaciones Teóricas y Empíricas". En: *Colombia Internacional*, No. 55, pp. 19-36. Disponible en: <http://colombiainternacional.uniandes.edu.co/view.php/410/view.php#2> [consultado el 3 de abril, 2011].

Guáqueta, Alexandra (2006). "Doing business amidst conflict: emerging best practices in Colombia. Extract from International Alert". En: *Local Business, Local Peace: the Peacebuilding Potential of the Domestic Private Sector*. London: International Alert.

Gutiérrez, José Antonio D. – Gutiérrez, Uriel (2011). "¿Qué paz para Colombia? Apreciaciones críticas sobre la Carta Abierta a Alfonso Cano de Medófilo Medina". *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=132883> [consultado el 27 de julio de 2012].

Guzmán Campos, German – Fals Borda, Orlando – Umaña Luna, Eduardo (2005). *La Violencia en Colombia, Tomo 1*. Bogotá: Taurus.

Harman, Chris (2009). "MacIntyre's Forgotten Answers". En: *International Socialism*. Issue 121. Disponible en: www.isj.org.uk/index.php?id=519&issue=121 [consultado el 2 de noviembre de 2010].

Harvey, David (1974). "Population, Resources, and the Ideology of Science". En: *Economic Geography*, Vol. 50, No. 3, pp. 256-277.

Horton, J. – Mendus, S. (1994) (eds.) *After MacIntyre. Critical Perspectives on the Work of Alasdair MacIntyre*. London: Polity.

Hoyos Vásquez, Guillermo (2000). "El compromiso de las ciencias sociales". En: *La Revista, (El Espectador)*, número 5, pp. 70–72.

Hoyos Vásquez, Guillermo (2007) (ed.). *Las víctimas frente a la búsqueda de la verdad y la reparación en Colombia*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Goethe/Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar.

Jabri, Vivienne (2006). "Revisiting Change and Conflict: On Underlying Assumptions and the De-politicisation of Conflict Resolution". En: *Berg-hof Handbook*, Dialogue no. 5, August. Disponible en: http://www.berghofhandbook.net/documents/publications/dialogue5_jabri_comm.pdf [consultado el 12 de octubre de 2010].

Kingwell, Mark (1993). Interpretation, dialogue and the just citizen. *Philosophy and Social Criticism*, Vol. 19, No. 2, pp. 115-144.

Knight, Kelvin (2007). *Aristotelian Philosophy. Ethics and Politics from Aristotle to MacIntyre*. London: Polity Press.

Lopera, Juan Diego (2003). "Las ciencias sociales y su papel en el actual conflicto colombiano". En: *Utopía Siglo XXI*, No. 9, pp. 43-52.

López Upegui, Raúl (2005). *La Respuesta Ética: Una Necesidad Impostergable*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

MacIntyre, Alasdair (1971a). "Is a science of comparative politics possible?". En: Alasdair MacIntyre, *Against the Self-Images of the Age. Essays on Ideology and Philosophy*. London: Duckworth, pp. 260-279.

MacIntyre, Alasdair (1971b). "Rationality and the explanation of action." En: Alasdair MacIntyre, *Against the Self-Images of the Age. Essays on Ideology and Philosophy*. London: Duckworth, pp. 244-259.

MacIntyre, Alasdair (1971c). "Political and philosophical epilogue: a view of The Poverty of Liberalism by Robert Paul Wolff." En: Alasdair MacIntyre, *Against the Self-Images of the Age. Essays on Ideology and Philosophy*. London: Duckworth, pp. 280-284.

MacIntyre, Alasdair (1973a). "The Essential Contestability of Some Social Concepts". *Ethics*, Vol. 84, No. 1 (Oct.), pp. 1-9.

- MacIntyre, Alasdair (1973b). "Ideology, Social Science, and Revolution". En: *Comparative Politics*, Vol. 5, No. 3, pp. 321-342.
- MacIntyre, Alasdair (1985a). *After Virtue: a study in moral theory*. London: Duckworth.
- MacIntyre, Alasdair (1985b). "Rights, Practices and Marxism: Reply to Six Critics". En: *Analyse und Kritik*, Vol. 7, pp. 234-248.
- MacIntyre, Alasdair (1988). *Whose Justice? Which Rationality?* Indiana: University of Notre Dame Press.
- MacIntyre, Alasdair (1990). "The Privatization of Good: An Inaugural Lecture". En: *Review of Politics*, 52:3 (summer), pp. 344-361.
- MacIntyre, Alasdair (1991). *Three Rival Versions of Moral Enquiry*. London: Duckworth.
- MacIntyre, Alasdair (1994). *Justicia y Racionalidad*. Madrid: EIUNSA.
- MacIntyre, Alasdair (1998a) "Social Science Methodology as the Ideology of Bureaucratic Authority." En: K. Knight (ed.) *The MacIntyre Reader*. London: Polity Press, pp. 53-68.
- MacIntyre, Alasdair (1998b). "The Theses on Feuerbach: A Road Not Taken." En: K. Knight (ed.) *The MacIntyre Reader*. London: Polity Press, pp. 223-234.
- MacIntyre, Alasdair (2001). *Tras la Virtud*. Madrid: Biblioteca de Bolsillo.
- MacIntyre, Alasdair (2002). *A Short History of Ethics: A History Of Moral Philosophy From The Homeric Age To The Twentieth Century*. London: Routledge.
- MacIntyre, Alasdair (2006). "Three perspectives on Marxism: 1953, 1968, 1995". En: Alasdair MacIntyre, *Ethics and Politics. Selected Essays, Volume 2*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 145-158.
- MacIntyre, Alasdair (2011). "Where We Were, Where We Are, Where We Need to Be". En: Paul Blackledge y Kelvin Knight (eds,) *Virtue and Politics. Alasdair MacIntyre's Revolutionary Aristotelianism*. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, pp. 307-334.
- Mazzeo, Miguel (2012). Intelectuales y praxis emancipadora. Apuntes para un manifiesto. *Herramienta*, No. 49, marzo. Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-49/intelectuales-y-praxis-emancipadora-apuntes-para-un-manifiesto> [consultado el 10 de junio de 2012].
- McMylor, Peter (1994). *Alasdair MacIntyre. Critic of Modernity*. London: Routledge.
- Mészáros, István (1972). "Ideology and Social Science". En: *Socialist Register*, 9, pp. 35-81.

- Miall, H. – Ramsbotham, O. – Woodhouse, T. (2005). *Contemporary Conflict Resolution: The Prevention, Management, and Transformation of Deadly Conflicts*. Oxford: Polity Press.
- Mockus, Antanas – Corzo, Jimmy (2003). “Dos caras de la convivencia. Cumplir acuerdos y normas y no usar ni sufrir violencia”. En: *Análisis Político*, No. 48, enero-abril, pp. 3-26.
- Montenegro, Armando – Posada, Carlos Esteban (2001). *La Violencia en Colombia*. Bogotá: Alfaomega.
- Murphy, Mark (2003). (ed.) *Alasdair MacIntyre*. Cambridge: Cambridge University Press
- Orozco Abad, Iván (2005). *Sobre los límites de la conciencia humanitaria: dilemas de la paz y la justicia en América Latina*. Bogotá: Temis - Universidad de los Andes.
- Pearce, Jenny (2005). “Policy failure and petroleum predation. The economics of civil war debate viewed ‘from the war zone’”. En: *Government and Opposition*, Vol. 40, No. 2, pp. 152-180.
- Peña, John Manuel (1996). “Propuesta de fundamentación contemporánea de la moral y la política”. En: J. C. Scannone, S. J. – Gerardo Remolina, S. J. (eds.) *Sociedad Civil y Estado: Reflexiones Ético-políticas desde América Latina*. Bogotá: Indo-American Press Service, pp. 61-79.
- Petras, James (1997). *Neoliberalismo en América Latina: La Izquierda Devuelve el Golpe*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Posada Carbó, Eduardo (2006). *La Nación Soñada: Violencia, liberalismo y democracia en Colombia*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Ramsbotham, Oliver (2010). *Transforming Violent Conflict: Radical Disagreement, Dialogue and Survival*. Abingdon: Routledge.
- Rubio, Mauricio (1998). “Rebeldes y criminales. Una crítica a la tradicional distinción entre el delito político y el delito común.” En: Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno (eds.), *Las violencias: inclusión creciente*. Bogotá: Universidad Nacional, pp. 121-162.
- Sánchez, Gonzalo – Peñaranda, Ricardo (1991) (comps.) *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*. Bogotá: IEPRI – CEREC.
- Sandoval, Luís (2004). *El Conflicto: Callejón con Salida: En el Camino Hacia Una Nueva Política Pública Nacional De Paz Para Colombia. El informe nacional de desarrollo humano 2003. Los planes de desarrollo y el fortalecimiento de las capacidades locales y regionales para la paz*. Bogotá: Instituto María Cano/ Unidad de Paz. Disponible en: http://indh.pnud.org.co/redir.plx?d=indh.pnud.org.co/files/rec&f=Luis_Sandoval_pol%C3%ADtica_paz.pdf [consultado el 29 de julio de 2009].

Sayer, Andrew (2003). *Restoring the moral dimension in social scientific accounts: a qualified ethical naturalist approach*. Disponible en: <http://www.comp.lancs.ac.uk/sociology/papers/Sayer-Restoring-the-Moral-Dimension.pdf> [consultado el 20 de julio de 2009].

Solomon, David (2003). "MacIntyre and Contemporary Moral Philosophy." En: Mark Murphy (ed.) *Alasdair MacIntyre*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 114-151.

Taylor, Charles, 1994, "Neutrality in Political Science". En: Michael Martin y Lee C. McIntyre (eds.), *Readings in the Philosophy of Social Science*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press, pp. 547-570.

Torres, Camilo (1964/1972). "Two subcultures". En: M. Zeitlin (ed.), 1972, *Father Camilo Torres: Revolutionary Writings*. London: Harper & Row, pp. 265-269.

Uribe Botero, Ángela (2002). "Berito Cobaria: ¿El Otro de la Inclusión Discursiva?" En: R. Sierra Mejía – A. Gómez-Müller (eds.) *La Filosofía y la Crisis Colombiana*. Bogotá: Taurus, pp. 239-270.

Uribe de Hincapié, María Teresa (1996). "Notas coloquiales sobre la ética y la política." En: R. Fernández (ed.) *Ética para Tiempos Mejores*. Medellín: Corporación Región/Programa por la Paz, pp. 27-44.

Young, Iris Marion (1990). *Justice and the Politics of Difference*. Princeton: Princeton University Press.